



Joaquín Romero Murube, Alcaide del Alcázar.



Dos visitantes descansan junto a una reja del jardín.



Patio de la Montería del Alcázar de Sevilla con la muralla y los arcos recientemente descubiertos.

UN ALCAIDE EN SU ALCAZAR

POR EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN

LAS LLAVES DEL ALCÁZAR

Son muchas las llaves del Alcázar y Joaquín Romero conoce bien los secretos y maravillas que guardan cada una de ellas. El Alcaide poeta las mira y las mima como claves del tesoro que custodia, que si sirven para cerrarlo, al anochecer de cada día, también sirven para abrirlo cada mañana a la admiración universal de los visitantes mundiales.



¡Los jardines del Alcázar! Es aquí donde habita la poesía, donde vive voluntariamente prisionera. Va a las estancias del Palacio, corre, salta descalza por los pavimentos de mármol, se desliza por los patios, por los corredores, del brazo del silencio, de la soledad.

CRECE la alabanza a Sevilla cuando se alude al Alcázar. ¿Qué es, qué representa el Alcázar? A quien no conozca la variedad de matices emocionales que proporciona su visita, bueno será anticiparle una noción sucinta de lo que el Alcázar significa como entidad monumental y como engarce de históricos testimonios. El Alcázar de Sevilla fué la fortaleza de la ciudad, una fortaleza que, como todas las de su rango, ha sido también morada transitoria o permanente del rey, en este caso de los reyes musulmanes y de los monarcas de la dinastía española.

Tal vez la mayor sugestión que produce este maravilloso palacio—al que se ha calificado como «el ejemplo más desarrollado y completo de la arquitectura mudéjar»—proviene de las características de gracia y contraste que ofrece su complejidad de estilos arquitectónicos. En él se enlazan las primitivas construcciones de expresión califal, de la época de los abditas, entre 1023 y 1091, con las de gusto almohade, emprendidas, en 1171, por Abuyá cub Yusuf ben Abdelmúmen—el sultán que dió mayor impulso a las obras del Alcázar y sus defensas— y éstas con la fábrica defi-



El Alcaide poeta, entre la infinidad de improvisadas profesiones que ha de ejercitar, no desconoce la de horticultor, y suele dirigir y aforar la cosecha de los árboles frutales del jardín: limoneros y naranjos.



Un rincón del Alcaide, preferido en su paseo, es el estanque del Mercurio, que preside en su centro la estatuilla del dios, obra de Diego de Pesquera, fundida en bronce por Bartolomé Morel a fines del XVI.



Joaquín Romero hace indistintamente de arqueólogo, de arquitecto, de jardinero, incluso de maestro de obras. Aquí se le ve dirigiendo la restauración de un pavimento en una glorieta del jardín.

nitiva del palacio que hace construir don Pedro I de Castilla, en 1364, con la contribución de alarifes granadinos. A estos efectos mágicos de la arquitectura mudéjar, por la sensación de irrealidad que produce la delirante fantasía de su juego suntuario, hay que agregar aquí, en inesperada relación con los estilos orientales, la sobria elegancia del gótico en la galería subterránea del llamado Baño de doña María de Padilla y en las salas y pasadizos inmediatos que, al mismo nivel, han sido descubiertos en fecha reciente como aposentos del palacio de Alfonso X, o en el oratorio de los Reyes Católicos, con el prodigioso altar de azulejos, obra de Francisco Niculoso de Pisa. Aún se suceden otros estilos antagónicos, que aquí, en el Alcázar, como en otras zonas de la ciudad, armonizan milagrosamente, por ese poder nivelador de la gracia que caracteriza el genio de Sevilla, y junto al interés documental de unos rastros de ornamentación visigoda es fácil encontrar la filigrana de un friso plateresco o la recia serenidad de una ordenación neo-clásica.

Pero el Alcázar es algo más que un muestrario de tendencias decorativas o de ambiciosas superaciones de arquitectos, algo más que un museo de destreza artesana o de puras creaciones de arte. El Alcázar es, también, presión evocadora de toda la historia que se desarrolla entre sus muros. No hay más vivo estímulo para invocar el egregio pasado de España. Por estas estancias parecen prolongar infinitamente sus vidas unos seres inmortales y mudos.

El rey Almotámid, entre el perfume de arrayán que satura el palacio, entre el trinar de pájaros que, al atardecer, buscan refugio en los cipreses, compone una larga kasida.

Desde aquel torreón mira Fernando III la ciudad conquistada, y ve desde él los destrozos causados por su escuadra en el puente de barcas.

Es testigo este palacio de la prudencia y de la mente ordenadora de Alfonso X; del irrefrenable temperamento de don Pedro, de su sagacidad; de la reflexión de Fernando el Católico, del ímpetu de Isabel. Por un patio de recortados mirtos, con solemne cortejo, va el emperador Carlos a la ceremonia de su boda. Se casa con una princesa de Portugal. Y Andrea Navagiero, embajador veneciano que asiste a las bodas reales, pasea por el naranjal del Alcázar con los poetas de España, iniciándolos en la firme elegancia del endecasílabo.

¡Los jardines del Alcázar! Es aquí donde habita la poesía, donde vive voluntariamente prisionera. Va a las

estancias del palacio, corre, salta descalza por los pavimentos de mármol, se desliza por los patios, por los corredores, por los oscuros pasadizos, del brazo del silencio, del brazo de la soledad. Pero pronto vuelve, con el gorgojo de su voz, con la blanda delicia de su paso, con su desnudez, y todo lo impregna de fragancia, de ritmo, de misterio. Se la ve, se la siente aquí, desdoblada, por muchos rincones a la vez: por el Jardín de las Damas, por el del Príncipe, por el de las Galeras, por el Rústico, por el Laberinto, dentro de muchas formas, de muchos destellos, recostada en la sombra, bajo los naranjos, abrazada a la madre selva, sobre un muro cubierto de jazmines, en la alegría del surtidor, en la tristeza de la tarde.

Y para seguirla, para acompañarla, para ceder a su capricho nunca fué apto ninguno de los antiguos alcaides, ni los arqueólogos, ni los historiadores, ni los cortesanos... Quizás eran todos estos conocimientos, tecnicismos necesarios, casi indispensables, para regir el Alcázar de Sevilla, y, sin embargo, los arqueólogos, los historiadores, los cortesanos frustraron su misión, porque, en realidad, lo que hacía falta para regir, para guardar, para entender el alma del Alcázar, era, sencillamente, un poeta. Y se encontró al poeta, se encontró a Joaquín Romero Murube.

Un poeta es un hombre como todos, capaz de enfrentarse con todos los quehaceres, con todas las técnicas, y que, además, hace poesías. Así, Joaquín Romero, ha logrado dominar las aptitudes de cualquier otro alcaide y, además, interpreta, como ninguno, la poesía del Alcázar.

De su idoneidad en este sentido responden sus propios versos.

«Está la rosa y el ciprés y el agua en el filo celeste del lo bello: mínimas brisas ponen en sus hojas un latir de llamadas y destellos».

Columnas, columnas.
Éxtasis de fuerza
en ansia y blancura.

La columna anhela
un peso celeste.
...El arco se entrega.

La luz de la arcada
matiza en sus grados
expresiones varias:

Arcos femeninos.
Arcos taciturnos.
Religiosos, cívicos.

—Sabias veleidades:
en el patio moro
arcos desiguales...

En el rosa y el blanco de tus luces,
bajo tu flor de azúcar y veneno,
adelfa de jardines andaluces,
pierden los pulsos su latir sereno.

Pierden los pulsos su latir y vierten
en la sangre letárgicas esencias.
En tu débil aroma dulces muertes
coronan andaluzas indolencias.

No es más que el agua dormida
¡No la despiertes! ¡No hables!

Sueña con verdes jardines
que le corren por su sangre.

Están allí transparentes
por entre el cielo y su carne:
cipreses de erguido anhelo,
muertas de oscuros encajes.

No es más que el agua dormida
en el gozo de la tarde.
Por su remanso discurren
los éxtasis siderales.

También el alcaide poeta sabe descender de su ensueño, de su viva inteligencia con la poesía, y, zumbón y pueblerino—él lo es de los Palacios, junto a la Marisma—, hacerle burla a su propia condición burocrática:

Por palacios y jardines
a buscar a don Joaquín.
Por el corredor al patio
lo vieron los mozos ir.
Los ojos grandes y tristes,
aguileña la nariz.
Por el estanque del Yeso,
o en la pared del jazmín,
por el mirador del Rey
o en la galería sin fin,
paso celando su sombra,
mozos, ¿pasó por aquí?

Cancionero de las flores,
siestas de las albahacas,
limón lunar o de abril,
por entre las clavellinas,
el espliego o el benjuí,
en la mano una azucena
y en el pecho un alelí,
pasó soñando el amigo,
flores, ¿pasó por aquí?

En el fondo del estanque
de culantrillo y marfil
con sirenas de agua dulce
lo vieron, vago, dormir.
Los pájaros que volaban
decían «adiós Joaquín».
Sólo el aura de las flores
pregonaba su existir.
Decid, cielos de Sevilla,
decid, se fué por ahí.



Los pintores invaden el Alcázar. Allí, en sus jardines, les esperan los prodigios de luz, tal vez agotados por la avidez de muchos pinceles. El Alcaide poeta es amigo de todos los artistas y le complace dialogar con ellos.



En primer término, la galería del Grutesco y los pequeños patios o jardines de origen medieval, designados con los nombres de las Damas, de las Galeras, la Gruta Vieja y del Príncipe. Al fondo, la terraza del Palacio y la Giralda.



Romero Murube, en su diario recorrido de inspección, atraviesa la azotea cubierta de la galería del Grutesco, maravillosa atalaya para otear los dos jardines del Alcázar y el panorama de la ciudad.



Las macetas de claveles aguardan en las mañanas otoñales los cortes de poda e injerto que el Alcaide practica también en sus ratos de ocio. La Giralda, como si rondase el bello recinto del Alcázar,

siempre se asoma por encima de sus murallas, centinela en vela eterna de la Sevilla amada, dormida a los pies del Alcázar. Ciudad tranquila e indolente, segura y confiada, por bien guardada.